

CAND.—¡Que si nos durará!

RAM.—¡Que si nos durará! Candelas hace de mí un santo.

SANTOS.—Es negocio para el cielo; tiene razón Dios.

MARC.—¡Hombre!

SANTOS.—Si se la doy a todos, a Él no se la iba a quitar.

MARC.—¿Qué le dijo usted a Justo?

(Llevándosele aparte.)

SANTOS.—No le dije nada... porque estaba solo... y me dió un respingo al entrar. Pero ya no es menester que pase usted el mal trago; este asunto le resuelve hoy mismo la artillería.

MARC.—¿Cómo la artillería?

SANTOS.—Doña Salomé Entresríos y Pico, que vendrá a las cinco.

MARC.—¿Para tener una conversación con Justo?

SANTOS.—Una conversación, no; un desafío.

MARC.—¡Ay, don Santos!

SANTOS.—No pase usted cuidado; esa mujer es mucho hombre... y Justo cederá. Lo prudente ahora es que usted y las niñas se larguen de paseo antes de que emplacen las baterías.

MARC.—Sí, sí. Asunción, Candelas... ¿Queréis que salgamos?

ASUN.—Lo que quieras tú...

ESCENA XII

DICHOS: Justo por la derecha

MARC.—*(A Justo.)*—Vamos a salir...

ASUN.—Papá, mañana vendrá en la *Gaceta* el nombramiento de Antonio.

JUSTO.—¿Qué Antonio?

ASUN.—*(Cortada.)*—Antonio... el señor Gonzaga.

JUSTO.—*(Friamente.)*—Ah... que sea enhorabuena.

MARC.—*(Rápida.)*—¡Vamos a vestirnos!...

(Coje a Asunción del brazo, luego a Candelas y mutis por la izquierda las tres.)

SANTOS.—*(Aparte a Ramoncho.)*—Voy a eclipsarme un momento; esto huele a pólvora... y como a otros el reuma, a mí me avisa el miedo las tormentas...

(Espacio y disimulando, mutis por la derecha.)

ESCENA XIII

JUSTO, RAMONCHO Y ANTONIO que ha puesto la cara fosca, sonríe y avanza.

RAM.—Hola don Justo.

JUSTO.—Hola... no te había visto.

RAM.—Claro. Pero como yo tengo un gran placer en que usted me vea y en saludarlo, pues con acercarme lo consigo.

JUSTO.—Claro...

RAM.—A otra cosa. El señor Gonzaga desea hablar con usted...

ANT.—Es igual mañana o pasado.

RAM.—Siendo igual, adelantas diciéndolo hoy.

JUSTO.—Cuando usted guste.

ANT.—Quisiera suplicarle que me señalara usted la hora menos molesta para hablar de un asunto mío...

RAM.—Y de Asunción.

JUSTO.—¿Mi mujer conoce este paso de usted?...

RAM.—¡No!

JUSTO.—Te agradecería que dejaras contestar al señor Gonzaga, cuando al señor Gonzaga le pregunto yo directamente.

RAM.—Muy bien...

ESCENA XIV

DICHOS: PEDRO, por el foro.

PEDRO.—Perdóneme, don Justo. He oído su voz...

JUSTO.—(Con mal ceño.)—¿Qué busca usted aquí, Pedro?

PEDRO.—A usted. Llevo dos horas aguardando...

JUSTO.—Este no es el sitio de hablarme.

PEDRO.—En el escritorio, ya lo sé. Pero en el escritorio no son dos horas, son cinco días los que llevo esperando, a cinco horas cada día.

JUSTO.—Acabemos. ¿Qué desea usted?...

PEDRO.—Don Justo... ¡que me muero de hambre!

JUSTO.—Ya le he socorrido a usted varias veces.

PEDRO.—Es cierto, sí señor. Pero son más veces las que tengo hambre... ¡Y mi vieja, don Justo, mi vieja... otra ruina como yo... y sin amparo de nadie!...

JUSTO.—Lo siento, pero mi casa no es un Asi-

lo, ni estoy dispuesto a consentir que me persigan dentro de ella.

PEDRO.—Es cierto, sí señor. Pero en su casa, en el escritorio de usted he llevado treinta y siete años y cinco meses, y no he salido por ninguna maldad mía sino por maldad de los años que me dejaron ciego e inútil para el trabajo.

JUSTO.—¿Y no pagué yo todos los sueldos de usted?...

PEDRO.—Todos, todos. Hoy no puedo valerme y he sido para usted un hombre de bien, adicto, leal, trabajador...

JUSTO.—Usted cumplió siempre y yo he pagado siempre: los dos cumplimos nuestro deber.

PEDRO.—Sí señor, sí señor... Y a decir verdad, yo casi no siento el hambre...; pero mi vieja sí, y entonces siento el hambre de los dos, ¡y siento el odio y la desesperación!...

JUSTO.—¿Amenazas?

PEDRO.—(Humilde.)—No, no...

JUSTO.—Lamento muchísimo lo que a usted le pasa: yo no puedo remediarlo ni tengo fortuna para crear un montepío a mis empleados. Y además, y sobre todo, no transijo con que se reclame como una obligación lo que no lo es.

PEDRO.—Cierto, cierto... (Afligiéndose.) Treinta y siete años de honradez y de hombría de bien, en una misma casa, trabajando día por día y noche por noche muchos días... sin una falta ni una reprensión... para terminar siendo menos que un perro, que siquiera lo mandan matar por compasión...

JUSTO.—¡Acabemos de una vez!

PEDRO.—Menos que un perro, menos, menos...

JUSTO.—Vaya usted con Dios, Pedro.

PEDRO.—Ya voy, ya voy... pero esto no es ir con Dios... ¡no lo es, aunque usted lo diga! (Su-
plicando). ¡¡Para mi vieja, señor!!... (Una pausa: Ramoncho se acerca a Pedro y le mete en la mano un billete. Pedro sonríe...) Gracias, don Justo, gracias por mi vieja... y perdóneme. No soy yo; es el hambre... Perdóneme...

(Mutis por el foro.)

ESCENA XV

DICHOS: MENOS PEDRO.

JUSTO.—(Que hizo un ademán de protesta y al fin se contuvo.)—¿Cuánto?

RAM.—Nada.

JUSTO.—¿Cuánto? No necesito lecciones tuyas.

RAM.—Diez duros.

JUSTO.—Como esos.

RAM.—Bueno...

(Arruga el billete y lo guarda en el pantalón.)

JUSTO.—Es una quijotada y un arranque fácil para hecho una vez. Si lo oyeras a todas horas ya veríamos si a todas horas eras el mismo de generoso. Ahora no he querido socorrerlo porque sonó a exigencia... ¿pero cuántas veces crearás tú que le atendí ya?... ¿Una? ¿dos? ¿tres?... pues más, muchísimas más y no es posible que esto continúe.

RAM.—Ni ellos continuarán mucho; son capaces de morirse...

JUSTO.—No sería lo peor para ellos. Dispense usted, señor Gonzaga, que termine un poco bruscamente nuestra entrevista. Sé lo que usted pretende: es usted un caballero, de familia dignísima, y me honra mucho su preferencia, pero yo tengo otras aspiraciones para mis hijas. Quizás sea una exageración de afecto paternal, pero así es. Le suplico a usted que no vea más que eso en mi negativa.

ANT.—Usted sabe que Asunción me...

JUSTO.—Asunción es una hija obediente.

ANT.—Pero don Justo...

JUSTO.—Le suplico a usted de nuevo que no insista. Es una resolución irrevocable, que en nada afecta, repito, a su nombre de usted, pero que es irrevocable.

ANT.—Ni una esperanza quiere usted dejarme... Asunción y yo le obedeceremos a usted; ella por cariño y yo por dignidad, pero nos trunca usted la vida...

JUSTO.—*(Cortando lo sentimental con un gesto desdeñoso.)*—Señor Gonzaga...

ANT.—*(Reponiéndose: dignamente.)*—Perdone usted, don Justo.

(Mutis por el foro.)

ESCENA XVI

JUSTO Y RAMONCHO.

JUSTO.—¿Supongo que tú imitarás la corrección de este caballero?...

RAM.—No. Nada de imitaciones.

JUSTO.—Es que te la negaré igual.

RAM.—No me la negará usted...

JUSTO.—¿Que no?

RAM.—No... porque yo no la pido. Vendrá a pedirla mi tía Salomé y a ella le contestará usted.

JUSTO.—Exactamente lo mismo.

RAM.—Usted sabrá lo que contesta... pero ya le anticipo a usted que yo, como no se abra la tierra y me trague, no renuncio a Candelitas. Eso en cuanto a mí, y en cuanto a la tía Salomé, le anticipo también que aunque se abra la tierra y aunque se la trague, vuelve a salir para casarnos. Ahora usted resolverá.

JUSTO.—Ahora voy a seguir trabajando.

RAM.—¡Es que vendrá la tía Salomé!...

JUSTO.—Hoy me dispensará... Buenas tardes, Ramoncho.

RAM.—Buenas tardes, don Justo.

(*Mutis don Justo por la derecha.*)

ESCENA XVII

RAMONCHO: luego ASUNCIÓN, por el foro

ASUN.—(*Rápida.*)—Ramoncho, la tía Salomé... ¿Y Antonio?

RAM.—¿Antonio? Antonio... abajo.

(*Asunción mutis rápido por la izquierda.*)

No he mentido, que más abajo no puede estar el pobre...

ESCENA XVIII

RAMONCHO: SALOMÉ, por el foro. PACA viene con ella y vase por la derecha.

SALOMÉ.—Las cinco en punto. ¿Está?

RAM.—Sí, pero te advierto que se niega.

SALOMÉ.—¿Te lo dijo? No importa; que me lo diga a mí.

RAM.—¡Y está furioso!

SALOMÉ.—Mejor; así lo estaremos los dos.

RAM.—¡Mira que te confío mi felicidad, tía Salomé!

SALOMÉ.—Tu felicidad, bueno; lárgate.

RAM.—(*Abrazándola.*)—¡Por la virgen de las Candelas, tía, pon mucho tiento en lo que le dices!

SALOMÉ.—Lo que sea preciso. No iré ni una línea más allá, te lo prometo; pero como sea preciso vamos a ir pasando muchas líneas; también te lo prometo.

RAM.—¡Mira que es mi felicidad, tía!

SALOMÉ.—Ya lo has dicho, sobrino.

PACA.—(Volviendo por la derecha.)—El señor que le dispense usted, que ahora está ocupadísimo.

SALOMÉ.—Dile que no tengo prisa.

PACA.—Y que mañana o pasado irá el señor a verla a usted.

SALOMÉ.—Dile que con mucho gusto.

RAM.—¡Ay, tía de mi alma, no lo aplaces!

SALOMÉ.—Sobrino de mi alma, ¿quieres largarte de una vez? (A Paca.) Dile que con mucho gusto le aguardaré mañana en mi casa, y que hoy le aguardo aquí, en la suya.

PACA.—Es que tardará mucho.

SALOMÉ.—Bueno.

PACA.—Muchísimo...

SALOMÉ.—¿Meses?

PACA.—Meses no; horas.

SALOMÉ.—Eso no estardar; díselo.

(Va con toda cachaza a sentarse cómodamente, eligiendo dos o tres sitios hasta que encuentra una butaca a gusto, y saca luego de un estuchito el rosario. Paca la mira asombra-

da. Ramoncho, que fué retirándose hasta la puerta del foro, mira sonriendo.)

PACA.—(Indecisa.)—Señora...

SALOMÉ.—¿Quieres rezar conmigo?

PACA.—No, no...

SALOMÉ.—Pues déjeme rezar a mí sola.

(Paca, lentamente e indecisa, mutis por la derecha: Ramoncho, sonriendo, mutis por el foro. Salomé reza.)

ESCENA XIX

SALOMÉ: luego Justo por la derecha

JUSTO.—(Entrando rápido.)—Dispense usted, señora... (Salomé le hace señas de que se calle; una pausa.) Estoy ocupadísimo...

(Salomé le hace señas de que se vaya. Justo aguanta, pero impaciente.)

SALOMÉ.—(Persignándose.)—Por usted no iba a dejar medio credo en el aire...

JUSTO.—Evidentemente que no. ¿Quiere usted hablarme, verdad?

SALOMÉ.—¿Puede usted oirme ahora?... ¿Sí?
Pues me va usted a oír.

(Guarda cachazudamente su rosario.)

JUSTO.—Oiremos. ¿Se preparaba usted con oraciones?

SALOMÉ.—¿No iba a limpiar el revólver?

JUSTO.—Espero que no hará falta.

SALOMÉ.—No... Aunque en mis oraciones hay una que tal vez le convenga a usted aprender...

JUSTO.—¿Cuál?

SALOMÉ.—«Pésame, Señor, del bien que no hice a quien lo merecía, pero también pésame, Señor, del bien que hice a quien se ha complacido en darme el mal.»

JUSTO.—La doy por aprendida y la tendré muy presente durante nuestra conversación. Usted dirá...

SALOMÉ.—Mi sobrino Ramoncho es el heredero de todos los títulos de la noble casa de los Entresrrios de Aragón.

JUSTO.—Me consta. Pero Ramoncho, noble por los cuatro costados, es un holgazán y un vago por otros cuatro costados lo menos.

SALOMÉ.—Sí, señor. Y no un vago cualquiera, sino un vago absoluto y definitivo.

JUSTO.—¿Me da usted la razón?

SALOMÉ.—En donde la tenga, evidentemente que sí. Pero como todo no se ha de limitar a jornales, ni a salarios, ni a empréstitos, él en cambio aportará sus apellidos, su posición social...

JUSTO.—(Interrumpiendo.)—Eso no lo cuento. Para mí, el que no trabaja no se cotiza.

SALOMÉ.—No diga usted eso. El sol tampoco trabaja, y meter en casa un rayo de sol es sahiduría y es salud.

JUSTO.—El sol también se compra; no necesito que me lo regalen.

SALOMÉ.—Usted no quiere discurrir más que desde un punto de vista. En su casa de usted no hay más que una ventana, y eso es muy poco, don Justo, para asomarse a la vida.

JUSTO.—Bastante es.

SALOMÉ. No. Que también hacen falta otros balcones para que entren por ellos la luz, la alegría, la amistad, los amores...

JUSTO.—Son muchas cosas.

SALOMÉ.—Muchas... e imprescindibles. Calcule usted qué torpeza no será el pretender reducir las a una sola: a metálico nada más. Bueno que trate usted los negocios como negocios, y

que de un millón procure usted sacar otro millón; pero a las hijas hay que tratarlas como a hijas y no exigir que cada una de ellas produzca indefectiblemente otro millón...

JUSTO.—¿Pero si encuentra usted bien que lo produzcan los sobrinos?

SALOMÉ.—(Brincando).—¡Don Justo! (Conteniéndose.) ¿Usted sabe que los muchachos se quieren?

JUSTO.—Sí, señora, aunque a eso no le concedo importancia ninguna, porque todos los muchachos se quieren, y al fin todos dejan de quererse.

SALOMÉ.—Exactísimo. Empezando por el final tiene usted razón otra vez. De aquí a treinta años ya no se querrán, ni quizás recuerden que se han querido algún día, ni serán jóvenes, ni nada. Pero si a usted le parece, arreglaremos algo la vida que han de llevar en esos treinta años que aún faltan para que tenga usted razón en lo que dice.

JUSTO.—¿De qué modo?

SALOMÉ.—Casándolos.

JUSTO.—No.

SALOMÉ.—¿No?

JUSTO.—Resueltamente, no. He dicho ya mi última palabra en este asunto.

SALOMÉ.—Al revés que yo. Aún voy a decir la primera.

JUSTO.—¡Caramba!

SALOMÉ.—Caramba, sí, señor. Hemos perdido el tiempo con las súplicas, sobre todo constándome positivamente que usted es partidario de las imposiciones, y de las amenazas, y de los golpes.

JUSTO.—¡Oh, no, señora!

SALOMÉ.—Para recibirlos ya sé que no; digo para darlos.

JUSTO.—Tampoco.

SALOMÉ.—Y tal vez no vaya usted descamado en el procedimiento. Realmente, ¿para qué vamos a hacer las cosas bien pudiendo hacerlas mal?

JUSTO.—Mi opinión es que no las haremos de ninguna manera, porque no le conviene a mi hija, porque no me conviene a mí, y porque no es bastante el que les convenga a ustedes.

SALOMÉ.—¿Se aferra usted a resolverlo como un negocio?

JUSTO.—Lo que es por parte de ustedes.

SALOMÉ.—Está bien. ¿Le gusta a usted que hablemos a puñaladas verdad? Pues vamos ¡vamos! Usted es un hombre de negocios y no aprecia us-

ted lo que no es cotizabile en Bolsa; yo soy una mujer de raza, de estirpe, y sin poderlo remediar desprecio a los traficantes.

JUSTO.—(*Levantándose.*)—¡Señoral...

SALOMÉ.—Siéntese, que esto no es más que empezar, y hemos de concluir. Usted es un hombre que tiene dinero, exclusivamente dinero. Como a Ramoncho no le atrae la codicia sino el cariño, no queremos pedirle a usted ni por valor de una peseta. Y claro está que no admitiéndole a usted dinero, usted es un hombre que no tiene nada ni nos sirve usted de nada. Ya ve usted si es favor el que le hacemos solicitando la mano de Candelas!

JUSTO.—Lo agradezco en lo que vale, pero ya conozco mucho esa historia de los generosos. Hágase la boda, como sea...; después vendrá el perdón y vendrán las utilidades.

SALOMÉ.—Efectivamente: conoce usted esa historia. ¡Lástima que no conozca usted también la otra...

JUSTO.—¿Cuál otra?

SALOMÉ.—La suya misma, la de su casa de usted, la de los amores de sus hijas...

JUSTO.—(*Levantándose.*)—¿Qué dice usted?...

SALOMÉ.—Digo, ya que usted ha buscado que

lo diga, que yo no vengo a implorar humildemente la mano de Candelas.

JUSTO.—¿No?...

SALOMÉ.—¡No! Vengo a concederle a usted el honor de que Ramoncho ingrese en la familia de usted siendo ya de la mía. Y yo, a pesar de mis repugnancias de clase, accedo a esa boda.

JUSTO.—Yo, no.

SALOMÉ.—Y yo, aunque desearia, naturalmente, que Ramoncho se casara con una señorita irreprochable, accedo...

JUSTO.—¿Y mi hija no es irreprochable? ¡Eso es una calumnia!

SALOMÉ.—Para que lo fuera, le sobra a su hija de usted el haber ido al estudio de Ramoncho.

JUSTO.—¡Mentira!

SALOMÉ.—No vale usted la pena de que yo mienta.

JUSTO.—Lo veremos. (*Llamando.*) ¡Candelas!

SALOMÉ.—(*Casi al oído.*)—Y por evitar el escándalo, accedo,

JUSTO.—Yo, no. ¡Candelas!

SALOMÉ.—Por cariño a Ramoncho, y aún por más cariño a Candelas del que usted le demuestra ahora, yo accedo.

JUSTO.—Yo, no. ¡Candelas! ¡Candelas!

SALOMÉ.—Pues usted sabrá hasta dónde vamos...

JUSTO.—¡Yo lo sabré...! ¡Candé...!

ESCENA XX

DICHOS: CANDELAS Y SANTOS por la derecha

CAND.—(*Sonriente.*)—¿Papá?

—JUSTO.—¿Has ido tú al estudio de Ramoncho? ¡Respondel! ¡Respondel! ¡¡¡Sí!!!

(*Le echa las manos al cuello; interviene Salomé y Santos, escapa Candelas por la derecha.*)

SANTOS.—¿Tú estás loco? ¿Qué ibas a hacer?

JUSTO.—No lo sé, no lo sé... Pero hicistes bien quitándomela de las manos... (*A Salomé.*)

¿Qué aguarda usted aquí todavía.

SALOMÉ.—Una respuesta.

JUSTO.—Pues ya lo sabe usted. ¡Que no! ¡Por bien, no quise; por mal no quiero tampoco!

SALOMÉ.—Usted resolverá lo mejor; pero no olvidé usted, don Justo, que el mal, cuando llega, no pregunta jamás si quieren o no quieren recibirlo.

(*Mutis Salomé por el foro.*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

ASUNCIÓN sentada, pensativa, MARCELINA por la izquierda.

MARC.—¿Qué haces, Asunción?

ASUN.—Nada, mamá.

MARC.—(*Sentándose a su lado*)—Mal van tus asuntos...

ASUN.—Ya se arreglarán: lo esencial es que no os disgustéis más vosotros.

MARC.—¿Más? ¡No sé cómo! Llevamos un mes que esta casa es una maldición.

ASUN.—¡Mamá!...

MAR.—¡Dios me perdone! ¿Pero tú no lo ves? Candelas, escondida, para que su padre no la mate, y diciendo a cada minuto que se va a matar ella si esto no se resuelve pronto: tú llorando día y noche; Antonio, enfermo; yo, me paso la vida asustada; Justo, anda como una fiera; y el pobre don Santos, como una liebre, mirando a